

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO A PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.

DE LA PAZ.

Hemos dicho que la dicha y grandeza del hombre se cifra en vivir unido á su Dios con la dorada cadena de la caridad. Entendemos por caridad la gracia santificante, don divino, sobre natural y permanente que difundido en nuestra alma por la misericordia de Dios nos hace santos, justos, hijos suyos, capaces de mérito, y herederos de la vida eterna. Nuestra paz con Dios es el fruto sazonado de la gracia. El pecado nos roba la gracia, y la paz que es su fruto. Por eso debemos detestar la culpa como una desgracia suprema, y estimar el pecado como el sumo mal, puesto caso que nos separa de Dios que es el sumo bien, y nos priva de su posesion que es la suprema bienaventuranza.

La paz con Dios es el fundamento de la paz con el prójimo. Siendo la paz hija de la caridad, ¿cómo ha de reinar la paz entre los hombres que no cultivan la hermosa flor de la caridad fraternal? Y cómo han de amar al prójimo los que no aman á Dios? Por eso el amor de Dios y del prójimo están comprendidos en un mismo precepto, de tal manera que no podemos gloriarnos de amar á Dios si no amamos al prójimo, ni decir que amamos al prójimo si no tenemos amor de Dios.

La paz con nuestros hermanos es una ley cristiana, y uno de los mayores bienes que podemos disfrutar en este bajo suelo. El Apóstol de las gentes lleva en sus manos la bandera de la paz, y la promulga como ley indeclinable, diciendo: *Pacem sequimini cum om-*

nibus (1). Somos hermanos por la naturaleza y por la gracia, de modo que estamos obligados á la paz fraternal como hombres y como cristianos.

Poniendo los ojos en la historia de la creacion, notaremos que Dios creó diversas especies de plantas y animales. No creó una sola yerba ó vegetal para que de ella brotasen todas las yerbas y vegetales; no creó un solo árbol que produjese todos los árboles; no creó un solo animal que engendrarse todos los animales, sino que creó diversas especies de yerbas, de peces y animales. Pero cuando creó al rey de todos los séres, tomó la materia, esto es, sacó una costilla del primer hombre, y de ella formó á la mujer, por lo cual, sino decimos que de un solo caballo descienden todos los caballos, y de un solo elefante todos los elefantes, y de un solo leon todos los leones, podemos decir y decimos con razon que todos los hombres descendemos de un solo hombre. ¿Por qué quiso el soberano Autor de todas las cosas que el género humano descendiese de un solo hombre? San Agustin responde: *Ut generi humano unitas commendetur*. Para recomendarnos la unidad. ¡Oh san-

ta Unidad! Tú harías la dicha del mundo si el mundo no olvidase la ley de su origen y la condicion de su naturaleza.

Habia dicho Séneca: *Natura nos cognatos edidit* (1). La naturaleza nos hizo hermanos. La gracia de Nuestro Señor y Redentor Jesucristo vino á realzar, á robustecer y hermohear la obra de la naturaleza, divinizando el amor de fraternidad, llamándose El mismo que es Dios, nuestro amigo y nuestro hermano, mandando que nos amemos los hombres como El nos amó, prometiéndonos como galardón la rica herencia de su padre y padre nuestro que está en los cielos. Y no obstante el mundo moderno semeja un campo de batalla donde los hombres mutuamente se combaten, luchando encarnizadamente como enemigos implacables. Arde el fuego de la discordia en el seno de las naciones, en las ciudades y en las aldeas, en el sagrado recinto de las familias, y en el fondo de todos los corazones, extendiendo por todas partes las llamas de sus horribles incendios.

Andan erguidas las soberbias, y la sociedad moderna háse convertido en un hervidero de

(1) Ad Hobr. XII. 14.

(1) Epist. 41

envidias y rencores que estallan con frecuencia en calumnias y detracciones, en litigios y contiendas, en guerras y colisiones, que son la tristeza de los ángeles, y la risa de los demonios, la deshonra del nombre cristiano, y la perdición de las almas, el infierno de los pueblos y la ruina de las naciones.

Y se origina tan grande desventura de la indiferencia religiosa que con su helado soplo apaga en los corazones el fuego santo de la caridad cristiana, encendiendo á un tiempo el fuego destructor de todas las pasiones. La Religión católica tiene de suyo maravillosa eficacia para unir las inteligencias y los corazones. *Religio á religando dicitur.* Es la verdad y el amor, pero la verdad eterna, y el amor divino con que Jesucristo, *príncipe de la paz* reunió y desea reunir en su amoroso corazón á los hombres que andan dispersos, separados por el error, divididos por las pasiones de suyo rebeldes y anárquicas. Pero vivimos en tiempos verdaderamente deplorables. Se trabaja con satánico ardimiento por substituir á la Religión católica, foco eterno de la verdad, madre fecunda de toda virtud, amorosa lazada de las inteligencias y voluntades, con un naturalismo frío y deso-

lador, síntesis monstruosa de todos los errores, apoteosis horrenda de todas las pasiones, y poderoso estímulo de todos los apetitos bestiales que luchan como fieras en el seno de las modernas sociedades, entregadas en cuerpo y alma á la tiranía de los siete demonios, que son los siete pecados capitales. No es otra la causa, motivo y origen de todo lo que vemos y tocamos. Desterrar de los pueblos la Religión que es la unión de los hombres con Dios, y la paz de los hombres entre sí, equivale á establecer el reinado de la discordia, á proclamar la guerra universal, la guerra de todos contra todos, á saber, el infierno como estado social, y el tirano del abismo sentado sobre las ruinas de la humanidad.

Urge, pues; apremia la necesidad de restaurar el espíritu cristiano en las inteligencias y en los corazones, en la familia y en la sociedad. Y al efecto comience cada uno á *ponerse en paz consigo mismo*, y logrará vivir en paz con su Dios y con su prójimo. Consiste nuestra paz en el orden, y el orden estriba en que cada cosa ocupe su propio lugar. Que vuestra razón esté sometida á la fé, vuestra voluntad á la razón, vuestra razón á la ley divina, vuestra

alma, limpia de pecado, adornada de la gracia, hermoñada por las galas de las virtudes, y unida á Dios con vínculos indisolubles, y podreis decir que reina la paz en vosotros mismos. Entonces gustareis las delicias de la paz, delicias suavísimas, infalibles que el mundo no puede dar, y que solo se encuentran en el servicio de Dios y en el cumplimiento de sus santos mandamientos. *Qustate et videte quoniam suavis est Dominus.*

Pax multa diligentibus legem tuam (1). Explicando estas palabras Dionisio Cartusiano afirma con S. Agustin que por nombre de paz se entiende aquí la buena conciencia, y despues añade: El amor de la ley divina es la cuna de la paz interior, y cuanto mas amemos á Dios y mejor observamos su ley, tanto mas gozamos las dulzuras de la paz que reina en nuestro corazon.

El mismo S. Agustin nos dice que no hay en las cosas creadas un bien tan hermoso y excelente como el bien de la paz.

Amemos, pues, la paz, la buena paz y rompamos las malas paces con la espada de las buenas guerras, y lograremos la dicha prometida por Dios á los pacíficos, á

saber; la dicha de ser hijos suyos y herederos de su reino.

Z. M.

EL ASPID

(escena de un drama de muchas jornadas)

Con este título, harto significativo, publicábase no hace muchos años en una de nuestras mas importantes capitales de provincia un periódico fundado por las lógicas, cuyas campañas contra la Religión todavia se recuerdan como un mal sueño.

Era *El Aspid* un reptil de papel, cuya labor venenosa, ejecutada con la pluma y lápiz, llegó á adquirir celebridad en el mundo del simbolismo. Hacia una tirada de seis á siete mil ejemplares, y, merced á este comercio de trapo impreso, podian sus autores, como Jerónimo Paturot, gastar calcetines, remendarse los pantalones y poner el puchero. Todo á costa de los vilipendios contra Jesucristo.

Entre los trabajos de *El Aspid*, los que mas se celebraban en los antros eran los de su director, quien los suscribia con el seudónimo de *Merlin*, presumiendo de sábio, no mas porque lo único que sabia era negar á Dios, afirmar que el hombre es un animal construido como la rata y declarar que *el Cura* es una degeneracion del hombre...

Todos hablaban de *Merlin* en la poblacion sin conocerle. Habíase presentado en ella envuelto como en las nieblas del Támesis, y solo se daba á luz en las lógicas, donde desempeñaba papeles de orador fogoso, que le valieron alta graduacion y predicamento. Decíase que era

(1) Psal. 118.

hombre de historia; que había conspirado en grande, siendo por ello condenado á muerte; que había pasado en la emigración sus mejores años; en una palabra, que tenía una ejecutoria revolucionaria de muchas campanillas.

Con estos blasones, y surgiendo de la sombra como una evocación, se puso a frente de *El Aspid*, vehículo destinado á hender y rajar á la Religión, á mofarse del altar, á deshonar al sacerdocio y á impedir la soberanía social de Jesucristo.

Un día publicó *Merlin* un trabajo que causó sensación. Era una diatriba terrible contra las *Hermanitas de los pobres*, congregación de ángeles, contra la cual se detestaban con frecuencia sus pasiones feroces de sectario. Contado era el número de *El Aspid* en que no había mordeduras para tan insigne institución. En el escrito á que nos referimos, se decía entre otras enfermedades.

«La revolución tendrá en su día que derribar, arar y sembrar de sal esos afrentosos palacios, erigidos por las llamadas *Hermanitas de los pobres*, con el pretexto de acoger en ellos á los desgraciados, cuando en realidad no sirven más que para hospedar lujosamente á una población holgazana de mujeres, que se dan buena vida á costa de los tontos. Se cuentan cosas horrible del asilo establecido en esta capital. Mientras que las tales *Hermanitas* disfrutaban de una mesa, que nada tiene que envidiar á la de los magnates más opulentos, los pobres asilados perecen de hambre, faltos de la ración necesaria para vivir. Son muchos los que sucumben por anemia, y casi todos parecen espectros. Los brutales tratamientos

de que son objeto exceden á toda ponderación. A algunos se les empareda, y se les tiene semanas enteras ayunando á pan y agua. Días pasados se cebaron verdaderamente dos ó tres furias de toca y rosario, con una infeliz anciana, á quien derribaron de un empujón, logrando que se rompiera una pierna al caer. En habitación reservada la ocultan para que el médico de la casa no se entere del caso, y probablemente morirá sin los auxilios facultativos....»

El Padre Remigio, Sacerdote septuagenario y director espiritual del Establecimiento, no pudo acabar de leer esta diatriba; y sin enterar á nadie de sus propósitos, se fué derecho á la redacción de *El Aspid*.

Un mozállon barbudo, de ojos torvos, rostro surcado de chirlos y aspecto de igorrote, anunció al director su visita. El anciano fué conducido al despacho de *Merlin*.

Sobre la puerta campeaban dos sables cruzados, peto y manoplas de las que se estilan para la esgrima; y en el gabinete, exornado con profusión de banderas nacionales y exóticas, ostentábanse numerosos retratos de los regicidas y herejes más célebres, á cuyo pié se habían colocado letreros de significación horripilante.

Sentado á una mesa de las que se llaman de ministro, apareció *Merlin* leyendo periódicos y fumando en una pipa descomunal, de la que extraía sendas bocanadas de humo pardo y denso. Al ver al Padre Remigio, ni siquiera se levantó; contestó al saludo del Sacerdote con cuatro palabras secas, y le indicó que podía sentarse.

Así lo hizo el anciano, levantando después los ojos para conocer á tan formidable potencia. El periodista era un tipo enjuto, huesoso, de cráneo y frente deprimidos, algo parecido en conjunto al reptil que daba nombre á su publicación. Aunque de edad no del todo madura, pues no representaba arriba de cuarenta años, tenía pelada la cabeza, esmaltada de un amarillo de marfil que contrastaba con su barba negra, rala y puntiaguda, entre la que se dibujaban los labios cárdenos de una boca que, cuando se abría, mostraba unos dientes negros, ahumados por el tabaco, de estructura imponente. Su nariz, de forma de pico de ave de rapaña, ofrecía una dilatación constante en las fosas, que daban al hombre el aspecto de las fieras carnívoras; sus manos descarnadas, de color terroso, parecían un manojo de sarmientos.

Cuando el Padre Remigio hubo hecho este exámen ligero, sacó del bolsillo interior de su sotana el número de *El Aspid* que llevaba á prevención, y señalando á *Merlin* el artículo por él firmado, le dijo con serena y reposada voz:

—Si no fuera verdad uno solo de los cargos que se contienen en este escrito haría el periódico la rectificación debida?

Merlin dirigió al sacerdote una mirada ponzoñosa, cortante como filo de un cuchillo y respondió crudamente:

—No.

El Padre Remigio se sonrió con una expresión seráfica.

—Mucho debe ser el odio que profesa á la religión.—exclamó—quien para combatir á las cosas santas se vale á sabiendas de la calumnia..

—Y ¿cómo podría probarse que esto es una calumnia? aulló *Merlin* un tanto amoscado al sentir la punzadura de aquel lanceazo.—Tienen ustedes preparada alguna farsa mística para persuadirme de que no es verdad lo que á mi me consta serlo de buena tinta.

—La tinta á que usted se refiere,—contestó el Padre Remigio,—es tan poco consistente, que basta una sola gota del reactivo de la verdad para borrarla. Yo venía aquí dispuesto á proponer á usted que fijara las pruebas que deberían practicarse para que adquiriese el convencimiento de que todo absolutamente todo cuanto ha dicho *El Aspid*, es inexacto.

—Y ¿que demonios de pruebas podríamos practicar? Había yo de ver claro como la luz que eran falsas las especies vertidas contra esas comedias de la supuesta caridad á lo divino, y todavía no lo creería. Por fortuna, estoy curado de todas las sensiblerías acerca de las obras de la mogigatocracia y el clericalismo. En mi vida de conspirador, que me ha traído y llevado como Judío errante, hay un hecho que me pide perpétua venganza. Para sufrir una larga y azarosa emigración, tuve que abandonar á mi madre, y cuando volví supe que en esta tierra clásica de los frailes y de los curas, y de las congregaciones de caridad, se murió de hambre...

—¿Eso le sucedió á la madre de V.?

—Así me lo han referido.

—Fue una gran desgracia... pero vea V. lo que son las cosas. Si la caridad cristiana carece de vista para descubrir todos los infortunios humanos, como obra que practican los hombres, en cambio

puede probarse que ampara á los que caen bajo la accion de su mirada maternal. Para una madre que perece de hambre, hay cientos de ellas, abandonadas por sus hijos, que deben su existencia á las *Hermanitas de los pobres*. Y de ello es buena prueba precisamente esa anciana de quien *El Aspid* refiere tan descomunales patrañas.

—¡Oh! ¿Esa desdichada víctima es una madre?

—Una madre enferma, abandonada, olvidada, como se olvida un pañuelo, por un hijo que, como V., tuvo el oficio de conspirador, y se inscribió en las listas de las sectas, jurando guerra á Dios y pacto de amistad con el demonio.

Merlin bajó los ojos, y el Padre Remigio creyó adivinar que su cuerpo se habia estremecido al impulso de un escalofrío.

—Mucho me holgaria—añadió el sacerdote—de que oyera V. contar á esa infeliz su historia. Nadie como ella quizás podria probar á V., no solo que es falso lo que de ella dice *El Aspid*, sino que los dias mas serenos y tranquilos de su vida son los que ha pasado entre los ángeles que hacen profesion de endulzar las amargas horas de la vejez desvalida. Y si usted quisiera verla... oirla...

—Pero ¿es posible?—exclamó *Merlin*, abriendo desmesuradamente los ojos—No es cierto que esas mujeres la tienen secuestrada, emparedada oculta del médico para que no se sepa que se ha roto una pierna y que se está muriendo entre horribles dolores?...

—Nada de eso es cierto. Esa pobre anciana sufrió, con efecto, una caída á

consecuencia de un vahido, y recibió una leve contusion en una pierna; pero ni la lesion ofrece peligro, ni ha habido que hacer para curarla mas que ponerle paños de árnica y hacerla guardar cama. En el cuarto de una de las *Hermanitas* se ha instalado para que no la moleste el ruido de los dormitorios, y mañana ó pasado se levantará del lecho buena y sana como antes. Puede usted verla cuando guste.

—¡Ahora mismo!—gritó *Merlin*.

Y levantándose de un salto, como tigre acosado por el escozor de una herida, tomó su sombrero y siguió al Padre Remigio.

Diez minutos despues estaban en el Asilo. Llamada la Superiora por el Sacerdote, y enterada quien era el personaje que tenia delante y lo que pretendia, exclamó la santa mujer:

—Bien venido sea á nuestro Asilo el que no le conoce... Puede usted inspeccionarlo todo. Aquí encontrará hospedaje, no solo por un dia, sino por un mes, para que se cerciore de que le han dado noticias equivocadas de nuestra casa...

—Quiero solo ver á la mujer á quien se hace referencia en *El Aspid*—contestó *Merlin* con voz apagada y trémula.

Entonces le condujeron por anchos corredores y galerías, inundados de luz y de aire sano, al lugar designado. Durante el trayecto observó que los asilados de ambos sexos, discurriendo por las dependencias de la casa, saludaban á la Madre Superiora y al Padre Remigio con respeto. Estaban limpios, aseados y no pareciendo espectros, ni *El As-*

pid que lo fundara. Buenos y saludables, tomaban el sol con la avidéz propia de los ancianos, irradiando sus semblantes la paz, la serenidad, casi la alegría de los goces inefables.

Habiendo llegado á la celda que iban á buscar, la Madre Superiora abrió la puerta, y el recinto apareció inundado de sombra. La enferma dormía dulcemente. El Padre Remigio se dirigió á abrir una ancha ventana, mientras la Superiora y *Merlin* avanzaron hasta el hecho.....

—Despierte, *Hermanita*—dijo la Superiora—que hay aquí un caballero que desea saber de sus labios si es verdad lo que ha publicado *El Aspid*.

La anciana se incorporó en el lecho; y como en aquel momento abriera de par en par el Padre Remigio la ventana, y se precipitaran por ella los rayos dorados del sol poniente, que bañaban con su intensa luz las cabezas de todos, *Merlin* y la asilada se confundieron en una mirada intensa, y resonaron dos gritos en el espacio.

—¡Hijo mio!—exclamó la anciana, tendiendo los brazos al periodista.

Y éste cayó de rodillas, sollozando y diciendo con voz sorda, entre los brazos de la que dio el sér:

—¡Perdon!...

El Aspid no volvió á publicarse.—V.
(De *La Semana Católica*).

Hojas de un libro

otra vida.

El P. Lacordaire, tratando de la inmortalidad del alma, refería pocos años

antes de su muerte á los alumnos de Sorre el hecho siguiente:

«Un príncipe polonés, incrédulo y materialista, escribió un libro negando la inmortalidad del alma; estaba ya para hacerlo imprimir, cuando paseando un día en su parque, se echó á sus piés una mujer anegada en llanto, y le dijo con profundo dolor: «Mi buen Señor, mi marido acaba de morir, y su alma está quizá en el purgatorio; sufre.....; pero soy tan pobre que no tengo ni aun para hacer celebrar una misa por su alma. Dignese vuestra bondad auxiliar á mi pobre marido.»

»Aunque el príncipe estaba en abierta oposicion con la fé de la mujer, no tuvo valor para rechazar su súplica, y la dió una moneda de oro, con la que dichosa aquella, corrió hácia la iglesia y rogó al primer Sacerdote que encontró celebrase algunas misas por su marido.

»Cinco días despues de este hecho, á la caída de la tarde, el príncipe releía y corregía por última vez el manuscrito de su libro solo en su gabinete, cuando levantando la vista vió junto á su persona un hombre vestido al uso de los aldeanos del país. «Príncipe, le dijo el desconocido, vengo á daros gracias. Soy el marido de la pobre mujer que os pidió una limosna há pocos días para poder celebrar la Santa Misa por el descanso de mi alma. Vuestra caridad ha sido agradable á Dios, y me ha permitido venga á daros gracias por tan inestimable beneficio.» Dichas estas palabras, el paisano desapareció como una sombra. Indecible fué la emocion del príncipe ante prueba tan irrecusable; echó al fuego su manuscrito, se convirtió á Dios sinceramente, y perseveró en el buen camino hasta la muerte.»

